

Charles Dickens

Oliver Twist

Traducción y notas
de Pollux Hernández

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Oliver Twist; or The Parish Boy's Progress*

Primera edición: 2005

Quinta edición: 2019

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com

Imágenes: Besunnytoo / Shutterstock y © Yuri Kuzmin / 123RF

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Pollux Hernández

© Grupo Anaya, S. A.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-693-5

Depósito legal: M. 23.745-2019

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Introducción

Unos amigos del autor exclamaron: «Miren, señores, este hombre es un canalla, pero con todo es la Naturaleza misma», y los jóvenes críticos de la época, los escribanos, los aprendices, etc., dijeron que aquello era sórdido y se pusieron a berrear.

FIELDING¹

La mayor parte de esta historia se publicó originalmente en una revista. Cuando la terminé y la publiqué en su forma presente se le pusieron objeciones por razones de moral elevada en determinados círculos de elevada moral.

A lo que pareció es grosera y escandalosa circunstancia que algunos de los personajes de estas páginas hayan sido escogidos de entre la población más criminal y degradada de Londres; que Sikes sea un ladrón y Fagin un perista, que los muchachos sean rateros y la muchacha prostituta.

Yo todavía tengo que aprender que el bien más puro no puede extraerse del mal más ruin. Siempre creí que esto fuera verdad sentada y reconocida, establecida por los hombres más grandes que el mundo haya conocido, seguida constantemente por las naturalezas más nobles y sabias y confirmada por la razón y la experiencia de cualquier mente pensante. No vi razón, cuando escribí este

1. Henry Fielding (1707-1754), dramaturgo, novelista, publicista y probo magistrado inglés, padre de la novela inglesa.

libro, de que las heces de la sociedad, mientras no ofendieren al oído por su forma de hablar, no sirvieran para establecer una moraleja, al menos en la misma medida en que sirven su flor y nata. Ni dudé de que en Saint Giles se pudren tan buenos materiales para llegar a la verdad como los que puedan encontrarse en Saint James¹.

Con este ánimo, cuando se me ocurrió mostrar en el pequeño Oliver el principio del Bien que prevalece sobre toda circunstancia adversa y al final triunfa, y cuando consideré entre qué compañeros podría ponerlo mejor a prueba, teniendo en cuenta el tipo de hombres en cuyas manos caería de la manera más natural, pensé en aquellos que figuran en este volumen. Cuando llegué al punto de discutir este asunto más profundamente conmigo mismo, encontré muchos argumentos sólidos para proseguir el camino hacia el que me llevaba mi inclinación. Había leído montones de cosas sobre ladrones: tipos atractivos (en su mayoría amables), impecables de vestido, repletos de bolsillo, entendidísimos en caballos, decididos de porte, afortunados en el galanteo, estupendos con una copla, una botella, una baraja o un cubilete, y dignos émulos del más valiente. Pero nunca me había topado (excepto en Hogarth²) con la lamentable realidad. Me pareció que agavillar a los criminales que existían en la vida real, describirlos en toda su fealdad, en toda su miseria, en toda la sórdida pobreza de sus vidas, mostrarlos tal y como son, zafándose eterna y desasose-

1. Dickens contrasta dos clases sociales aludiendo a los núcleos de dos zonas londinenses que les eran propias: la iglesia de Saint Giles Cripplegate, en Barbican, uno de los antiguos barrios bajos de Londres, y Saint James, en la zona aristocrática de la ciudad.

2. William Hogarth (1697-1764), dibujante y pintor inglés, famosísimo por sus grabados satíricos y costumbristas que reflejan de manera fidelísima y humana la sociedad de su tiempo.

gadamente por los más inmundos senderos de la vida, con una enorme, negra y espantosa horca cerrándoles el camino se vuelvan hacia donde se vuelvan, me pareció, digo, que emprender esto era cosa que se estaba necesitando y que sería rendir un servicio a la sociedad. Por eso lo hice lo mejor que pude.

En todos los libros que conozco en que aparecen personajes como estos, se les da un aura de atractivo y fascinación. Incluso en *La ópera del mendigo*¹ se representa a los ladrones llevando una vida que suscita más la envidia que otra cosa, y a Macheath, por todos los atractivos que le da el mando y el que le adore la muchacha más hermosa y único personaje puro de la obra, los espectadores débiles deben admirarlo e imitarlo como si fuera un noble caballero de casaca roja que ha comprado, como dice Voltaire, el derecho a dar órdenes a dos mil hombres o más y a enfrentarse a la muerte a la cabeza de todos ellos. La pregunta de Johnson², de si un hombre se hará ladrón porque se indulta a Macheath me parece ajena a la cuestión. Yo me pregunto si a un hombre le disuadirá de hacerse ladrón el hecho de que a Macheath se le condene a muerte y que Peachum y Lockit existan; y, recordando la clamorosa vida del cabecilla, su imponente apariencia, sus grandes éxitos y sus sólidos beneficios, estoy seguro de que nadie propenso a seguir el mismo camino escarmentará en él o verá en la obra otra cosa que un camino florido y ameno que, a su debido

1. Comedia musical del poeta John Gay (1685-1732), estrenada en 1728, que constituyó el éxito más grande hasta entonces del teatro inglés (sesenta y dos representaciones).

2. Samuel Johnson (1709-1784), escritor inglés cultivador de todos los géneros, que ha pasado a la historia como uno de los más grandes eruditos de Inglaterra. La pregunta en cuestión aparece en su biografía de Gay.

tiempo, conduce a un hombre de honrada ambición al Tyburn Tree¹.

En realidad la ingeniosa sátira de Gay contra la sociedad perseguía un fin general, que le liberó de las preocupaciones de dar buen ejemplo en este sentido y le proporcionó otros objetivos. Lo mismo puede decirse de la admirable y poderosa novela de Sir Edward Bulwer sobre Paul Clifford², que en justicia no puede considerarse que tenga o pretendiera tener relación alguna con este aspecto del asunto en uno u otro modo.

¿Qué forma de vida se describe en estas páginas como existencia cotidiana de un ladrón? ¿Qué encantos tiene para los jóvenes y mal preparados, qué atractivos para el adolescente más atontado? No hay aquí galopes por un erial al claro de luna, ni jolgorios en la caverna más placentera que pueda imaginarse, ni los atractivos del vestir, ni bordados, ni encajes, ni botas altas, ni casacas y chorreras carmesí, ni nada del brío y libertad que desde tiempo inmemorial invaden «la calle». Las calles frías, húmedas y sin abrigo de la medianoche londinense, los tugurios inmundos y cerrados donde se hacina el vicio sin espacio para revolverse, la morada del hambre y la enfermedad, los raídos harapos que apenas se tienen juntos: ¿dónde está el atractivo de todas estas cosas? ¿No contienen una lección y no sugieren algo más que la desoída advertencia de un precepto moral abstracto?

La manera de ser de algunas gentes es tan exquisita y delicada, que no pueden soportar la contemplación de tales horrores. No es que se aparten instintivamente de lo

1. Lugar donde se ahorcaba en Londres, frente a Hyde Park Corner, donde se levanta hoy el Marble Arch.

2. Edward Bulwer-Lytton (1803-1873), político y escritor inglés, muy popular en su tiempo por sus novelas. En Paul Clifford describe el autor las aventuras del bandolero escocés del mismo nombre.

criminal, sino que los criminales, para que les sienten bien, deben aparecer, como sus manjares, delicadamente disfrazados. Un Massaroni vestido de terciopelo verde es una criatura encantadora, pero un Sikes con ropas de fustán es insoportable. Una señora Massaroni, dama de enaguas cortas y disfraz, es cosa que se imita en cuadros vivos y se imprime en litografía con coplillas, pero una Nancy, criatura con vestido de algodón y mantón barato, es algo impensable¹. Es asombroso cómo la Virtud se aparta de los calcetines sucios, y cómo el Vicio, aliándose con cintas y una alegre indumentaria, cambia de nombre, como las señoras casadas, y se transforma en lo Romántico.

Pero como la verdad rigurosa, aun en ropas de esta raza tan exaltada (en las novelas), era parte del propósito del presente libro, no quité, para dichos lectores, ni un roto de la levita del Perillán, ni una brizna de papel de bigudí del desaliñado cabello de la muchacha. Yo no creo en la delicadeza que no puede soportar contemplarlos. Entre esa gente no tengo deseo ninguno de hacer prosélitos. Ni respeto su opinión, buena o mala, ni codicié su aprobación, ni escribí para divertirlos. Me atrevo a decir esto sin reservas porque no conozco en nuestra lengua a ningún escritor que se respete o a quien la posteridad respete que se haya rebajado jamás a dar gusto a esa clase quisquillosa.

Por otra parte, si busco ejemplos y precedentes, los hallo en las filas más ilustres de la literatura inglesa: Fielding, Defoe, Goldsmith, Smollett, Richardson, Mackenzie, todos ellos, por sabios motivos, y especialmente los

1. Sikes y Nancy son dos personajes de la presente obra. Los Massaroni son los héroes respectivos de los melodramas *El Massaroni hembra* de Charles Somerset (1828) y *Los bandidos* de James Robinson Planché (1829), libremente inspirados ambos en la vida del bandolero Alessandro Massaroni, ejecutado en 1821.

dos primeros, sacaron a la luz a la mismísima escoria y basura del país. Hogarth, el moralista y censor de su siglo, en cuyas grandes obras nunca cesarán de reflejarse la época en que vivió y los personajes de todos los tiempos, hizo lo propio sin transigir ni un pelo. ¿Qué lugar ocupa ahora este coloso en la estima de sus compatriotas? Y, sin embargo, si me vuelvo a la época en que él o cualquiera de estos hombres floreció, hallo que a todos ellos, cada uno en su tiempo, les lanzaron el mismo reproche los zánganos del momento, que entonaron su bordoneo, murieron y fueron olvidados.

Cervantes espantó a la caballería española a carcajadas, mostrando a España en su imposible y absurda extravagancia. En mi modesto y alejado predio traté de rebajar el falso brillo que envolvía algo que de verdad existía, mostrándolo en su realidad poco atractiva y repelente. Consultando mi propio gusto, no menos que las costumbres de la época, me preocupé, aun retratándolo en toda su perdición y degradación, de retirar de los labios del más bajo de los personajes que introduje cualquier expresión que pudiera resultar ofensiva y de sugerir la inevitable conclusión de que su existencia era de las más degradadas y viciosas, en vez de probarlo detalladamente con palabras y hechos. En el caso de la muchacha en particular, tuve siempre presente este propósito. Si esto se nota o no en el relato y cómo se logra, quede a juicio del lector.

Se ha dicho que el afecto de Nancy por el violento ladrón no parece natural. Y en la misma ocasión se ha objetado –me atrevo a suponer que con una cierta falta de lógica–, que Sikes está muy exagerado porque no parece que haya en él ninguno de los trazos redentores que se critican por no naturales en la muchacha. De esta última objeción sólo diré que me temo que en el mundo hay algunos temperamentos duros e insensibles que acaban

siendo malos del todo y sin remedio. Tenga o no razón, de una cosa estoy seguro: de que hay hombres como Sikes que, estudiados minuciosamente el mismo periodo de tiempo y a través del mismo caudal de circunstancias, no mostrarán ni por un instante el mínimo indicio de mejora en su naturaleza. Que en tales corazones estén muertos todos los mejores sentimientos humanos o que se haya entumecido la fibra que haya que pulsar y sea difícil encontrarla es algo que no pretendo saber, pero que lo que afirmo es verdad, de eso estoy seguro.

Es inútil discutir si la conducta y el carácter de la muchacha parecen naturales o no naturales, probables o improbables, buenos o malos. SON REALES. Cualquiera que haya observado estas tristes imágenes de la vida sabe que esto es así. Surgió en mi mente tiempo ha por lo que a menudo veía y leía de la vida real a mi alrededor, lo he rastreado por muchos caminos libertinos y malolientes, y he hallado que es siempre lo mismo. Desde la primera aparición de aquella pobre desgraciada hasta que inclina la cabeza cubierta de sangre sobre el pecho del ladrón, no hay ni una palabra de exageración o de añadido. Es categóricamente la verdad de Dios, pues esa es la verdad que Él tolera en pechos tan depravados y miserables, aunque alguna esperanza quede todavía en ellos, la última gotita de agua en el fondo de un pozo cegado por las malas hierbas. Afecta a los mejores y peores aspectos de nuestra naturaleza, a muchos de sus más feos matices y a algunos de los más bellos; es una contradicción, una anomalía, una aparente imposibilidad, pero es la verdad. Me alegro de que se haya puesto en duda, pues en ella habría encontrado justificación suficiente (si me hubiera hecho falta) de que era necesario contarla.

CHARLES DICKENS

Oliver Twist

o las andanzas de un muchacho
de la parroquia

Personajes

BARNEY, malvado mozo judío
CHARLEY BATES, ladrón, uno de los aprendices de Fagin
BILL, sepulturero
BLATHERS, policía de Bow Street
BRITTLES, criado en la casa de la señora Maylie
SEÑOR BROWNLOW, anciano benévolo
SEÑOR BUMBLE, celador parroquial
TOM CHITLING, uno de los aprendices de Fagin
NOAH CLAYPOLE, inclusero, aprendiz del señor Sowerberry
TOBY CRACKIT, ladrón
JOHN DAWKINS («el Artero Perillán»), joven ratero al servicio de Fagin
LITTLE DICK, niño pobre
DUFF, policía de Bow Street
FAGIN, astuto viejo judío, perista
SEÑOR FANG, autoritario comisario de policía
GAMFIELD, deshollinador
SEÑOR GILES, mayordomo y dispensero de la señora Maylie
SEÑOR GRIMWIG, amigo del señor Brownlow
KAGS, ex presidiario
SEÑOR LIMBKINS, presidente de la junta del hospicio
SEÑOR LIVELY, comerciante y perista
SEÑOR LOSBERNE, («el Doctor»), amigo de la familia Maylie
HARRY MAYLIE, hijo de la señora Maylie

MONKS, hermanastro de Oliver Twist
BILL SIKES, violento ladrón y allanadoras
SEÑOR SOWERBERRY, encargado de la funeraria parroquial
OLIVER TWIST, niño huérfano pobre y sin nombre

ANNY, pobre
BECKY, camarera de la posada El León Rojo
SEÑORA BEDWIN, ama de llaves del señor Brownlow
BET (o BETSY), ladrona al servicio de Fagin
CHARLOTTE, criada de la señora Sowerberry
SEÑORA CORNEY, gobernanta de un hospicio, luego esposa del señor Bumble
AGNES FLEMING, madre de Oliver Twist
SEÑORA MANN, gobernanta de una filial del hospicio
MARTHA, pobre
SEÑORA MAYLIE, dama que ofrece su amistad a Oliver Twist
ROSE MAYLIE, hija adoptiva de la precedente
NANCY, ladrona al servicio de Fagin
VIEJA SALLY, interna del hospicio
SEÑORA SOWERBERRY, arpía amargada

Capítulo primero

Del lugar donde nació Oliver Twist y de las circunstancias que rodearon su nacimiento

Una ciudad que por muchas razones será prudente abstenerse de mencionar y a la cual no asignaré nombre imaginario se jacta, de entre otros edificios públicos, de uno que existe en casi todas las ciudades, grandes o pequeñas, a saber: un hospicio¹; y en este hospicio nació, en un día y fecha que no necesito molestarme en revelar, puesto que no puede ser de provecho alguno al lector, al menos a estas alturas de los acontecimientos, el elemento mortal cuyo nombre aparece en el encabezamiento de este capítulo. Largo tiempo después de que el cirujano parroquial lo introdujera en este mundo de penas y preocupaciones, seguía siendo materia harto dudosa si el muchacho sobreviviría para poder llevar nombre, en cuyo caso es más que probable que esta crónica nunca se hubiera publicado o, si lo hubiese sido, habría cabido en un par de páginas, que habrían tenido el ines-

1. Por «hospicio» se entiende aquí una especie de asilo de régimen carcelario, instituido por la Ley de Pobres, en que se recluía a los indigentes y se les hacía trabajar. De ahí el nombre con que se le designaba en inglés: *workhouse* ('casa de trabajo'). Había un hospicio de este tipo en cada parroquia, término que también precisa alguna aclaración. Dada la no separación de la Iglesia y del Estado en Inglaterra, las divisiones territoriales administrativas coincidían con las eclesiásticas, y la palabra «parroquia», como ocurre en Galicia, tenía una significación más amplia, siendo casi equivalente a «municipio» o «concejo».

timable mérito de ser el más conciso y fiel ejemplar de biografía en la literatura de cualquier época o país. Aunque no voy a sostener que el nacer en un hospicio sea en sí mismo la más afortunada y envidiable circunstancia que pueda acaecer a un ser humano, mantengo que en este caso particular fue lo mejor que pudo ocurrirle a Oliver Twist dentro de lo que cabe. La verdad es que fue bastante difícil persuadir a Oliver de que se hiciera cargo de respirar –enojoso menester, pero que la costumbre ha hecho necesario para vivir tranquilamente–, y por algún tiempo estuvo jadeando en un colchoncito de borra, desigualmente suspendido entre este mundo y el otro, pero con la balanza decididamente a favor del último. Ahora bien, si durante aquel breve rato Oliver hubiera estado rodeado de abuelitas atentas, tiítas ansiosas, niñeras experimentadas y doctores de profunda sabiduría, segura e inevitablemente que lo habrían matado en un periquete. Pero, como no había nadie presente, excepto una vieja pobre un tanto achispada por una desacostumbrada ración de cerveza y un cirujano parroquial que hacía tales menesteres por contrato, Oliver y la Naturaleza se jugaron la partida mano a mano. El resultado fue que, tras algunos esfuerzos, Oliver respiró, estornudó y empezó a anunciar a los habitantes del hospicio el hecho de que sobre la parroquia caía una nueva carga, y con tan fuerte chillido como lógicamente podía esperarse de un niño que no poseía ese utilísimo instrumento que es la voz desde hacía más de tres minutos y cuarto.

Al dar Oliver aquella primera prueba del funcionamiento desenvuelto y adecuado de sus pulmones, se oyó el roce de la colcha de retazos lanzada descuidadamente sobre la armadura de hierro de la cama, se irguió ligeramente de la almohada el pálido rostro de una joven y una voz apagada articuló imperfectamente estas palabras:

–Dejadme ver al niño y morir.

El cirujano había permanecido sentado con la cara vuelta hacia el fuego, ora calentándose ora frotándose las palmas de las manos, pero, al hablar la joven, se levantó y, yendo hasta la cabecera de la cama, con más bondad de la que podría haberse esperado de él, dijo:

–Ea, no debes hablar de morir todavía.

–¡Oh, no! Que el Señor la bendiga, corazoncito –repuso la enfermera, apresurándose a guardar en el bolsillo una botella de vidrio verde cuyo contenido había estado degustando en un rincón con evidente satisfacción–. Que el Señor la bendiga, corazoncito; cuando haya vivido tanto como yo, señor doztor, y haya parido trece niños y tós muertos menos dos, y tós en el hospicio conmigo, entonces sabrá que no hay que tomárselo así, corazoncito. Piensa lo que es ser madre, piénsalo, cielito.

A lo que parece esta consoladora perspectiva sobre las esperanzas de una madre no produjo el efecto debido. La enferma meneó la cabeza y tendió la mano hacia el niño.

El cirujano lo puso en sus brazos. Apretó ella apasionadamente sus fríos labios sobre la frentecita, se pasó las manos por la cara, lanzó una mirada extraviada, se estremeció, cayó hacia atrás y... murió. Le frotaron el pecho, las manos, las sienes, pero la sangre se le había helado para siempre. Le hablaron de esperanza y consuelo. Le habían faltado durante demasiado tiempo.

–Se acabó todo, señora Thingummy –dijo al cabo el cirujano.

–¡Ah, pobrecilla, así es! –dijo la enfermera, recogiendo el tapón de la botella verde, que se le había caído en la almohada al inclinarse a coger al niño–. ¡Pobrecilla!

–No se moleste en mandar a buscarme si el niño llora, enfermera –dijo el cirujano, poniéndose los guantes

con mucha parsimonia-. Es muy probable que dé guerra. Si así es, déle unas gachas.

Se puso el sombrero y, deteniéndose junto a la cama según se dirigía a la puerta, añadió:

-Era bonita, también; ¿de dónde era?

-La trajeron anoche -replicó la vieja- por orden del inspector. La encontraron tirada en la calle; había caminado un buen trecho, pues traía los zapatos hechos trizas, pero nadie sabe de dónde venía o adónde iba.

Se inclinó el cirujano sobre el cadáver y levantó la mano izquierda.

-La historia de siempre -dijo meneando la cabeza-; sin alianza, según veo. En fin... Buenas noches.

El señor médico se marchó a cenar y la enfermera, tras aplicarse una vez más a la botella verde, se sentó en una silla baja junto al fuego y se puso a vestir a la criatura.

¡Qué excelente ejemplo constituía el pequeño Oliver Twist del poder del vestido! Envuelto en la manta que hasta entonces había sido su único abrigo podría haber pasado por el hijo de un noble o de un mendigo; al más altivo desconocido le habría sido difícil determinar su categoría social. Pero ahora, envuelto en las viejas ropas de percal, amarillas ya de hacer el mismo servicio, y marcado y etiquetado, encajaba perfectamente en su lugar: un niño de la parroquia... huérfano de hospicio... humilde esclavo muerto de hambre... carne de bofetadas y golpes dondequiera fuere... desprecio de todos y lástima de ninguno.

Oliver chillaba con ganas. Si hubiera sabido que era huérfano, abandonado a las poco compasivas manos de mayordomos eclesiásticos e inspectores, quizá habría chillado más fuerte.

Capítulo 2

Que trata del crecimiento, educación y hospedaje de Oliver Twist

Durante los siguientes ocho o diez meses Oliver fue víctima de un tratamiento sistemático de traición y de engaño: lo criaron con biberón. Las autoridades del hospicio comunicaron debidamente a las autoridades de la parroquia el famélico y miserable estado del bebé huérfano. Las autoridades parroquiales preguntaron dignamente a las autoridades del hospicio si no residía en «la casa» una hembra que pudiera dispensar a Oliver Twist el consuelo y alimento que precisaba. Las autoridades del hospicio respondieron humildemente que no. Tras lo cual las autoridades parroquiales magnánima y caritativamente resolvieron que había que «cultivar» a Oliver, o, en otras palabras, enviarlo a una filial del hospicio a unas tres millas de allí, en la cual otros veinte o treinta jóvenes infractores de la ley de pobres¹ se revolcaban por el suelo todo el día, sin el inconveniente de la mucha comida ni el mucho vestido, bajo la maternal supervisión de una vieja que se encargaba de los culpables por y en consideración de siete peniques y medio semanales por cabecita. El valor de siete peniques y medio

1. De conformidad con esta ley de 1834, se recluía en una especie de hospicios campestres a los niños menores de quince años, cuyo delito era obviamente no tener familia.

semanales constituye un sustento perfecto para un niño; con siete peniques y medio pueden adquirirse muchas cosas... más que suficientes para recargarle el estómago y hacer que se sienta mal. Era la vieja mujer de mucho saber y experiencia, sabía lo que convenía a los muchachos y tenía un agudo sentido de lo que le convenía a ella. Así que se apropiaba la mayor parte del estipendio semanal para su propio uso y asignaba a la nueva generación parroquial una ración aún más menguada que la que en principio se les destinaba, descubriendo así en el hoyo más profundo uno más profundo todavía y mostrando ser una grandísima filósofa experimental.

Todo el mundo conoce la historia de aquel otro filósofo experimental que tenía una estupenda teoría de que un caballo podía vivir sin comer, y que la demostró tan bien, que llegó a mantener a su propio caballo con sólo una paja al día, y lo habría transformado indiscutiblemente en fogosísimo y revoltoso animal no dándole absolutamente nada, si no se le hubiera muerto justo veinticuatro horas antes de tomar su primer bocado de aire puro. Desgraciadamente para la filosofía experimental de la vieja a cuya cuidadosa protección se encomendó a Oliver, al funcionamiento de su sistema casi siempre le acompañaba un resultado parecido, pues en el mismísimo momento en que un niño había conseguido sobrevivir con la mínima porción posible de la comida más floja posible, sucedía sistemáticamente en ocho y medio de cada diez casos que, o bien el niño enfermaba de privaciones y frío, o se caía en el fuego por descuido o se medio chamuscaba accidentalmente; en cualquiera de los tres casos la infeliz criatura era normalmente llamada al otro mundo y allí se reunía con los padres que no había conocido en éste.

Alguna que otra vez, cuando la inspección se interesaba algo más de lo habitual por un niño cuya presencia había pasado desapercibida al dar la vuelta al armazón de una cama o había muerto escaldado inadvertidamente cuando acontecía que se hacía la colada, aunque este accidente era poco frecuente –ya que cualquier cosa que se pareciera a lavar era raro acontecimiento en la granja aquella–, al jurado se le metía en la cabeza hacer preguntas fastidiosas o con rebelde actitud los vecinos de la parroquia estampaban su firma en una protesta; pero estas impertinencias se cortaban en seguida con la declaración del cirujano y el testimonio del celador, el primero de los cuales siempre abría el cadáver sin encontrar nada dentro (cosa probabilísima en verdad), mientras que el segundo siempre juraba lo que la parroquia deseara, lo cual era auténtica abnegación. Además la junta hacía peregrinaciones periódicas a la granja y siempre enviaba al celador la víspera para que anunciara su llegada, de modo que, cuando llegaban, se veía que los niños estaban guapos y limpios, y ¿qué más podía pedir la gente?

No cabe esperar que tal sistema de cultivo pudiera producir una cosecha realmente extraordinaria o exuberante. El noveno cumpleaños de Oliver Twist le halló pálido y flaco, un tanto menguado de estatura y dedidamente reducido de contorno. Pero la naturaleza o la herencia habían implantado en el corazón de Oliver un carácter bien robusto, que había tenido mucho espacio para desarrollarse, gracias a la frugal dieta del establecimiento, y quizá pueda atribuirse a esta circunstancia el hecho de que consiguiera llegar a su noveno cumpleaños. Mas, fuera como fuera, lo cierto es que era su noveno cumpleaños y lo estaba celebrando en la carbonera con un grupo selecto de otros dos caballeritos que, tras participar con él en una azotaina soberana, habían sido